

Padres. La más insigne de todas fué sin duda la varias veces mencionada de *Bucalemu*. Habíanla recibido los jesuitas en 1627, del capitán Sebastián García Carreto; pero es de suponer que con el tiempo y con nuevas adquisiciones obtenidas en los contornos se fué ensanchando considerablemente la donación primitiva del fundador. Al ser expulsada la Compañía contaba esta hacienda una extensión, que al por mayor solía computarse de ocho leguas de largo y cuatro de ancho. Dos mediciones de esta finca he descubierto en la Biblioteca Nacional de Santiago y confieso que a primera vista desconcierta la diferencia enorme que hay de la una a la otra. Primero la tasó el capitán Juan de Ojeda y sacó en limpio que la hacienda constaba de 65.358 cuadras. Después se suscitaron dudas y fueron designados para repetir la medición los peritos Antonio de Mata y Antonio Losada. Ejecutaron su obra y el resultado fué que la hacienda tenía 26.154 cuadras (1). ¿Cómo explicar esta diferencia tan considerable? ¿Harían estos peritos alguna de esas iniquidades tan frecuentes en casos parecidos, cuando por el interés de éste o del otro, se oculta la mitad o las dos terceras partes de la suma real? Con todo, aun suponiendo que la segunda medición fuese la verdadera, resulta inmensa la extensión de una finca rural cuyas dimensiones se contaban por leguas.

Parecidas haciendas poseían los antiguos jesuitas en otros colegios de Chile (2), y como solían ser más diligentes y cuidadosos en conservar, cultivar y administrar sus bienes rurales que la mayoría de los antiguos colonos españoles, no nos admira lo que nos dicen Jorge Juan y Antonio de Ulloa en el pasaje citado más arriba, que la Compañía de Jesús había alcanzado en América tan ricas haciendas rurales, que imponía el precio a los productos de la agricultura.

(1) Santiago de Chile. Bibl. nac. *Ministerio del Interior*, t. 450.

(2) Véase en la citada sección, *Ministerio del Interior*, t. 428, la tasación de la hacienda de San José. En el folio 47v. se dice que tenía 5.810 cuadras. En el tomo 470 aparece la medición de la hacienda de Santa María Magdalena, propia del colegio de Concepción. Alcanzaba la enorme extensión de 34.344 cuadras.

## CAPITULO XVII

### LAS MISIONES DE INFIELES EN CHILE DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. Penosa situación económica de los misioneros en Chile a principios del siglo XVIII.—2. Misión de Nahuelhuapi que duró solamente catorce años 1704-1718.—3. Escaso fruto que se recogía en los indios durante los veinte primeros años de aquel siglo.—4. Terrible sublevación de los araucanos en 1723, que arruina 11 misiones nuestras.—5. Se restauran lentamente las misiones perdidas y se cambia de táctica en la evangelización de los infieles.—6. Estado general de nuestras misiones chilenas a mediados del siglo XVIII.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cédulas reales, cartas y otros documentos del Archivo de Indias.—2. Manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

1. Al entrar en la relación de nuestras misiones de infieles en Chile, es imposible defenderse de cierta impresión melancólica que nos asalta, cuando vemos tan duros trabajos correspondidos con tan incierto y mezquino fruto. Aquellas misiones eran en el siglo XVIII lo que habían sido en el anterior, penosas, monótonas, con pocas esperanzas de algún práctico resultado y más de un misionero sentía desaliento al ver tan prolijos trabajos acompañados de tan ruin suceso. Los jesuitas de Chile podemos decir que regaban un palo seco, y sólo la caridad de Cristo les podía sostener en tan duras fatigas.

A principios de este siglo aparece de vez en cuando en la escena la llamada *Junta de Misiones*, organismo oficial creado por real cédula de 1697 y que empezó a funcionar dos años después. El Gobernador y el Obispo de Santiago, que eran los principales personajes de aquella Junta, no dejaron de activar algún tanto el celo apostólico. A ellos se debió la creación del Seminario de caciques en Chillán, y de vez en cuando cuidó esta Junta de que fueran socorridos oportunamente algunos misioneros que yacían como olvidados en triste desamparo. Esto no obstante, la acción de aquel cuerpo oficial influyó poco en la marcha de las misio-

nes, las cuales se sostuvieron por la abnegación y caridad de los jesuitas y franciscanos.

A las duras penalidades que continuamente se experimentaban en las misiones chilenas, vino a añadirse a principios del siglo XVIII la penuria económica que hubieron de padecer nuestros Padres, porque no se les pagaba el sínodo, o sea la renta que daba el Rey para mantenerlos. Fué costumbre introducida desde muy antiguo, que el Virrey del Perú enviase a Chile englobados en la misma cantidad el sueldo de los soldados y el sínodo de los misioneros. No sabemos quién establecería este modo algo peregrino de pagar a los que servían a Su Majestad Católica en las tierras de Chile. El hecho es cierto, y de aquí resultaba una consecuencia práctica terrible para nuestros Padres. Viendo los militares que del situado de Chile, así le llamaban, se apartaba una cantidad para las misiones jesuíticas y franciscanas, miraban aquello como una merma del propio sueldo y en más de una ocasión avergonzaban al pobre misionero, como si él defraudase al ejército de una parte de su ganancia debida. Trasladaremos una impertinencia que el Gobernador, Francisco Ibáñez de Peralta, dijo al superior de los franciscanos. Nos lo refiere el P. Jorge Ignacio Burger por estas palabras: «Fr. Francisco Illestegui nos contó, que habiendo suplicado al señor Gobernador le diese el sínodo de los misioneros tucapelinos, le respondió, que no le podía dar, porque entre Padres de la Compañía y franciscanos habían ya sangrado el situado en 18.000 pesos y que era menester acudir con el dinero al ejército, porque las misiones eran invenciones fútiles de su antecesor y que gastar en ellas plata era desperdiciarla y que había ya informado de ello al Consejo» (1).

En la descortesía de estas palabras se conoce la mentalidad de aquellos hombres que miraban al misionero, como a un pedigrüño importuno, a quien convenía sacudir muy lejos de sí. Como ya lo dijimos en el tomo anterior, por los años de 1706, de 80 sacerdotes que tenía en Chile nuestra Compañía, los 38 estaban dedicados a las misiones de infieles y eso que el Rey pasaba sínodo solamente para 24. Desde algunos años atrás se pagaba tan mal a estos celosos operarios, que el oficial Baltasar de Jerez en

(1) Archivo de Indias, 78-1-57. Burger a José González de Rivera. Buena Esperanza, 14 Noviembre 1702.

un informe redactado por Octubre de 1704, sacaba en limpio que se debían a las doce misiones que estaban a cargo de la Compañía, 83.058 pesos (1). Este informe lo trajo a Madrid cuatro años después el P. Antonio de Covarrubias, nombrado Procurador por la provincia de Chile.

Más autorizado todavía es el testimonio de la Audiencia de Santiago, que el 27 de Setiembre de 1708 escribía al Rey estas sentidas palabras: «Nos hallamos precisados para descargo de nuestras conciencias a representar a V. M. cómo las muchas misiones que la Compañía de Jesús tiene en las fronteras de este reino, en los lugares más incultos de la tierra adentro, donde reside el gentilismo, son siete con 24 religiosos, sin otra defensa que la altísima providencia de Dios que allí los conserva y defiende de la barbaridad de aquellos infieles... Como se hallan tan apartados del comercio de los españoles, con la gran falta y escasez de los socorros, son graves las necesidades que padecen, haciéndoselas tolerables su celo en la conversión de las almas... por la inopia de las cajas del Potosí y crecidos empeños de Vuestra Real Hacienda, debiéndose de sus sínodos a los misioneros sobre 100.000 pesos, es punto muy lamentable atender a aquellos sacerdotes tan bien empleados y tan mal socorridos, y no poderlo remediar nosotros, por el poco desvelo con que miran en estos reinos materia tan grave los que pudieran y debieran atenderla» (2).

En términos más breves expresaba la misma necesidad el Deán de Santiago, escribiendo al Rey el 30 de Setiembre de 1708: «Los doctrineros, dice, padecen increíbles necesidades por la retención de los sínodos que en siete años no les ha pagado el Virrey de Lima, y a no tener estos Padres tanto celo de la salvación de las almas, hubieran desamparado las doctrinas, como lo han hecho otros sacerdotes» (3).

Armado con estos testimonios, embarcóse para España el Padre Antonio de Covarrubias, nombrado Procurador por la Provincia de Chile. En 1710 llegó a Madrid, y según era costumbre, redactó un extenso memorial de 28 páginas en folio, en el cual

(1) Archivo de Indias, 78-1-57. Es una copia auténtica del informe, sacada en 1708 por el notario Tomás Ortiz Carrasco.

(2) *Ibid.* La Audiencia al Rey, 27 Setiembre 1708.

(3) *Ibid.* Indudablemente en este legajo se contienen todos los documentos que trajo el P. Covarrubias.

manifestaba a los Consejeros de Indias, así los trabajos apostólicos de la Compañía en Chile, como la penuria económica que padecían aquellos beneméritos misioneros. El P. Miguel de León, procurador habitual de aquellas misiones, está como en quiebra con los acreedores. No hay modo de sustentar a los operarios apostólicos y por eso se han desamparado dos provincias, Maquegua y Vilquen, donde habrá como 20.000 cristianos. Si no fuera porque algunos jesuitas han salido a pedir limosna para las misiones a ciento y doscientas leguas, hubieran abandonado les jesuitas aquellas obras apostólicas, como lo han hecho otros misioneros.

Debe considerarse que los jesuitas en solos quince años han bautizado más de 200.000 almas y que están en tierra enemiga, como rehenes de la paz. A ellos se les debe el que no haya habido desde muchos años atrás las horribles sublevaciones que tanto estrago causaron en 1599 y en 1655. Son, pues, dignos de atención unos hombres que padecen tanta pobreza y por otro lado son causa de que se goce de paz en el reino de Chile y se aumente poco a poco el número de cristianos y de vasallos del Rey Católico (1).

No fueron estériles las negociaciones del P. Covarrubias. No consiguió ciertamente que se pagaran a los jesuitas los atrasos de los años anteriores (esto nadie lo esperaba), pero logró que el Rey Felipe V, en nueva cédula real de 17 de Noviembre de 1713, urgiese la fidelidad en remitir el sinodo señalado a nuestros operarios evangélicos. Algún alivio fué para tan penosas fatigas.

2. En medio de tantas penurias económicas procuraban nuestros Padres adelantar las misiones de infieles. Merece especial mención la que en estos años sostuvieron en Nahuelhuapi. Ya dijimos en el tomo anterior cómo la había empezado el Padre Felipe de La Laguna por Febrero de 1704. Transportando desde la isla de Chiloé varios carpinteros, herramientas y materiales de construcción, había logrado el misionero levantar en breve tiempo una modesta capilla y una casita estrecha, donde pudiera vivir con su compañero el P. Juan José Guillermo y un Hermano Coadjutor. Como a una novedad acudían de los contornos los indios poyas, quienes se admiraban de aquellas construcciones que

(1) Véase este memorial del P. Covarrubias en el Archivo de Indias, 78 1-57.

para ellos debían ser magnificencias arquitectónicas. El P. Felipe acogía a todos con mucha benignidad, les repartía algunos regalitos y les instruía suavemente en las verdades de la fe (1).

Aquellos pocos cristianos que habían quedado instruidos por el P. Mascardi le sirvieron como de introductores entre estos indios, y si no halló acogida muy entusiasta entre los salvajes, tampoco experimentó resistencias muy considerables. Poco a poco empezó a formar un pueblecito en torno de su humilde capilla, y auxiliado por el P. Guillermo que tenía mucha habilidad para aprender lenguas, empezó a difundir por aquellos contornos los primeros rayos de la luz evangélica. Poco después hizo un viaje a Valdivia para proveerse de algunos objetos que necesitaba en aquella soledad, y también para pedir al gobernador de aquella plaza alguna carta, que le sirviese de recomendación para los caciques independientes que vivían en aquellos rincones de los Andes. El Gobernador, D. Manuel Autefia, no tuvo dificultad en concederle la carta y los otros socorros que deseaba. Vuelto a la misión emprendió el P. Felipe varias correrías por aquellos barrancos casi desconocidos hasta entonces por los españoles. No cansaremos al lector presentándole la letanía de nombres estrambóticos que puede leer en el P. Olivares, quien desee descender hasta los ínfimos pormenores en esta materia. Bástenos saber que durante tres años y medio el P. Felipe de La Laguna hizo todo lo posible para amansar y convertir las tribus que rodeaban la gran laguna de Nahuelhuapi.

Algún fruto espiritual recogió. No faltaron almas privilegiadas que abrazaron con toda sinceridad la verdadera fe y expiraron con los sentimientos de la más cristiana piedad. Muchísimos fueron los niños bautizados que volaron al cielo después de regenerados en Cristo, y este fruto de los párvulos bautizados solía ser contado en estas misiones, como el provecho más positivo que lograban nuestros trabajos. Empero mostrábanse por otra parte ciertos estorbos que parecían muy difíciles de superar. El principal eran los hechiceros o brujos, que en éste como en otros países de las Indias solían ser los principales ministros del demonio para frustrar la acción del misionero. El P. Felipe hubo de reprender a algunos de estos malvados, los cuales lejos

(1) Véase la relación de lo que hacía en la carta que él mismo escribió y fué publicada por el P. Enrich, t. II, p. 56.

de convertirse, concibieron contra él cierto odio reconcentrado que al fin los determinó a darle la muerte.

Por Octubre de 1707 sabiendo que el P. Provincial debía acudir a Penco visitando las misiones de infieles que teníamos al Sur de Chile, resolvió el P. Felipe trasladarse a este pueblo para tener una entrevista con su superior y darle cuenta de su amada misión. Púsose en camino, acompañado de un español llamado Lorenzo de Molina y de tres indios cristianos de Chiloé. Al llegar a cierto pueblo donde mandaba el cacique Tedihuén, este malvado indio, recibiendo con mucha cortesía al misionero, le ofreció como obsequio un vaso de chicha. Bebió incautamente el P. Felipe de aquel brebaje, al cual ya estaba acostumbrado. Al instante empezó a sentir gran dolor de cabeza y una ardentísima calentura. La chicha estaba envenenada. Recogido en el toldo que llevaba para su camino, el P. Felipe de La Laguna después de tres días de enfermedad, expiró santamente el 29 de Octubre de 1707 (1).

Sucedióle en el gobierno de la misión su compañero el P. Juan José Guillermo. Había logrado este Padre dominar no solamente la lengua araucana, sino también la peculiar que se habla en Nahuelhuapi y la de los indios poyas. De estas dos lenguas compuso gramática y diccionario y en ellas escribió varias oraciones breves y tal cual tratado, que pudiera servir para la instrucción de aquellos pobres infieles. Un año después próximamente fué enviado por el P. Provincial, como Visitador de aquella misión, el P. Andrés Lupecio, y hemos logrado descubrir una carta de este Visitador en que se nos muestra, no tanto el fruto que se hace, como las esperanzas que se han concebido sobre aquella arrinconada misión de Nahuelhuapi. La carta está escrita desde Chiloé el 29 de Octubre de 1709. Va dirigida al Padre Manuel de Herla, Provincial. Expresa el Visitador que ha recorrido la tierra de Nahuelhuapi y juzga que se debe conservar *pro viribus et posse* aquella misión. La primera razón que se le ofrece es, porque aquel territorio puede servir de comunicación directa por tierra entre el centro y el sur de Chile, pues el camino directo está obstruido y cerrado por los araucanos. Además hay buenos mantenimientos, y no será tan difícil sustentarse en aquellas tierras. El fruto espiritual recogido hasta el pre-

(1) Para más pormenores, véase a Enrich, t. II, p. 62.

sente ha sido corto, sin duda; pero es de esperar que con el tiempo y la gracia de Dios crecerá. No debe reputarse fruto tan pequeño el que cada año se logre bautizar más de 100 parvulitos que vuelan al cielo bañados con el agua del bautismo. Los indios muestran regular capacidad y no dejan de sentir alguna afición a las cosas de nuestra fe (1).

Las buenas esperanzas que daba el P. Lupecio debieron ser causa de que la Audiencia de Santiago, en su carta dirigida al Rey el 15 de Enero de 1710, recomendase la misión de Nahuelhuapi, como la más necesitada del favor real. «Lo dilatado y separado, dice, de esta misión del comercio humano y el gran celo de los religiosos de la sagrada Compañía de Jesús, que incesantemente se emplean en este santo ministerio de la conversión de estos pobres indios gentiles, necesita mayor esfuerzo y más continua asistencia, sin poder hallar este recurso en otra persona que en la Real y Soberana de Vuestra Majestad.» Piden a continuación que sea servido de asignar a estos jesuitas el sínodo acostumbrado que se distribuye a los misioneros de Araucanía. El P. Covarrubias se encargó de activar este negocio, y a sus gestiones se debieron varias cédulas reales, en que se aprueba la misión de Nahuelhuapi y se ordena al Virrey del Perú, que pase el sínodo acostumbrado para tres sacerdotes y para un Hermano Coadjutor que asisten habitualmente en aquella penosa empresa.

Mientras esto se negociaba en Madrid, el P. Guillermo había ejecutado una obra importante en aquellas apartadas regiones. Hasta entonces solían dirigirse nuestros Padres a la misión partiendo de Castro y penetrando en el continente por la parte meridional, atravesando montes y barrancos poco accesibles, de suerte que les costaba por término medio siete u ocho días el llegar desde la isla de Chiloé hasta la laguna de Nahuelhuapi. Guiándose por las indicaciones de cierto español viejo, que había maloqueado en su juventud por aquellas tierras, logró el P. Guillermo, a costa de fatigas indecibles, descubrir un camino más breve desde la llamada Boca de Reloncavi (algunas leguas al Este de Puertomont), desde donde en tres días se alcanzaba con relativa facilidad a ponerse a las orillas de la gran laguna. Llamóse a este camino de Buriloche. No agradó a los indios po-

(1) Santiago de Chile, Bibl. Nacional, *Jesuitas, Chile*, 100 ad finem.

yas el descubrimiento del P. Guillermo, pues recordaban haber visto entrar por allí en otro tiempo a soldados españoles. A esta enemistad de los indios se debió, sin duda, el incendio de la casa y capilla, que consumió repentinamente gran parte de lo construido años atrás por el P. Felipe de La Laguna.

En 1712 señaló el P. Provincial por superior de aquella misión al P. Manuel de Hoyo. Este trató de reconstruir lo incendiado y como entonces se empezó a recibir el sínodo que pasaba el Rey, se animaron nuestros Padres a levantar una iglesia no muy grande, pero indudablemente mejor que la incendiada capilla. Dos años perseveró en aquel puesto el P. Hoyo y no sabemos que fuese más feliz que sus antecesores en la conversión de los infieles. El año 1714, nombrado rector de Castro, hubo de abandonar aquella misión que de nuevo quedó al cuidado del P. Juan José Guillermo. Con el mismo fervor que la vez primera y con más esperanzas de recibir mayores auxilios por el camino de Buriloché, entregóse a la conversión de los indios puelches y poyas, que eran los más numerosos en las orillas de la gran laguna. Desgraciadamente su celo apostólico no consiguó el triunfo que deseaba. Los indios miraban con mucho recelo aquel nuevo camino descubierto por el Padre, temiendo sin duda que por allí habían de venir soldados españoles. Acechando cuidadosamente el modo de acabar con él, cierto día en que acudió a visitar un enfermo, le ofrecieron por obsequio un vaso de chicha. El lo bebió incautamente y al poco rato empezó a experimentar vómitos violentísimos. Tres días estuvo luchando con la enfermedad y por fin expiró a la fuerza del veneno el 17 de Mayo de 1716.

Cuando el P. Manuel Hoyo, rector de Castro, supo la muerte inesperada del P. Guillermo, despachó enseguida un Padre de su colegio que cuidase de la misión hasta que enviase el P. Provincial otro misionero definitivo. El P. Domingo Marín, que gobernaba entonces la Provincia de Chile, señaló para esta empresa al P. José Portel y le dió por compañero al P. Francisco de Elguea. Mientras caminaban a su destino, cayó enfermo el P. Portel, por lo cual entró solo en tierra de Nahuelhuapi su compañero el Padre Elguea. Esta entrada fué tan solamente para recoger la palma del martirio. A los pocos días de su llegada presentóse a él un cacique con varios indios y sin ninguna cortesía le pidió que le diese vacas para comer. Excusóse el Padre diciéndoles, que él no podía disponer libremente de los bienes de la misión. Rogóles

que esperasen un poco al P. Portel que llegaría dentro de pocos días. No se convencieron con la respuesta los indios. Repitieron otras veces la misma demanda, y como el Padre les hiciese observar que aquellas vacas habían de ser el único sustento de los misioneros y los niños que se educaban en la misión, irritados los salvajes determinaron acabar con el P. Elguea.

Algo se detuvieron porque acompañaba al misionero un joven inglés, mozo robusto a quien tenían un poco de miedo; pero supieron deshacerse de él con astucia. Pretextando cierto recado el cacique, invitó al joven a que se acercase a su vivienda. Acercóse sin recelo el buen inglés y cuando le tuvieron cerca de sí, un grupo de indios le rodeó súbitamente y a flechazos le quitó la vida. Cebados ya en el crimen y desembarazados de quien se lo podía impedir, corrieron a porfía en busca del P. Elguea y le acribillaron a flechazos. Mataron también a un indio chilote y a su mujer que servían como criados en la misión. A la muerte del misionero siguió el saqueo despiadado de la casa e iglesia, y cuando ya no hallaron más que robar, prendieron fuego al edificio. Quiso Dios que entre aquellos indios salvajes hubiese uno, quien conservando algún resto de fe, salvó de la profanación la estatua de María Santísima que se veneraba en la iglesia. Habiéndola envuelto en un cuero de caballo la escondió en lo profundo de un bosque. Sucedió este martirio a fines de 1717, aunque ignoramos el día preciso del suceso.

El año siguiente, 1718, el P. Arnaldo Yáspers, acompañado de algunos españoles, penetró en la región de Nahuelhuapi, para ver si se podría continuar aquella misión y hacer algo por tan desventurados indios. Convencióse en seguida de que era negocio perdido. Observó que estaba del todo arrasada la iglesia y la casa de los misioneros, descubrió el cuerpo medio quemado del P. Elguea y le dió cristiana sepultura. Tuvo la suerte de hallar la imagen de Nuestra Señora arrinconada en el bosque. Recogióla con veneración, y juntando algunos fragmentos de objetos sagrados que yacían por el suelo, se retiró tristemente de Nahuelhuapi, dejando abandonada para siempre aquella desventurada misión. No creyeron nuestros superiores oportuno restaurarla, pues en catorce años había costado la vida a tres misioneros y no se manifestaba indicio de provecho espiritual.

3. Continuaban afanándose los otros jesuitas en las residencias ya establecidas desde muy antiguo, aunque tampoco en ellas